

LAS ARMAS DE AGOSTO: LA ESTRATEGIA DE ALEMANIA Y FRANCIA EN 1914 ¹

LA VISIÓN ALEMANA

El Conde Alfred von Schlieffen, Jefe del Estado Mayor Alemán de 1891 a 1906, fue, como todos los oficiales alemanes, adiestrado bajo el precepto de Clausewitz ², según el cual, "el corazón de Francia yace entre Bruselas y París". Un axioma sin duda frustrante ya que contravenía la neutralidad belga, garantizada a perpetuidad por Alemania y las otras cuatro grandes potencias de Europa. Pensando que la guerra era ya una realidad y que Alemania debía entrar en ella bajo condiciones que le prometían éxitos, Schlieffen determinó no permitir que la problemática belga se interpusiera en el rumbo de Alemania. De los dos tipos de oficiales prusianos, el de cuello de toro y el de cintura de avispa, Schlieffen pertenecía al segundo. Usaba monóculo, era decadente en apariencia, de modales fríos y distantes, se concentraba con tal obstinación en su objetivo único que, en una ocasión cuando su asistente, durante un recorrido nocturno por Prusia del Este, le hizo notar la belleza del sol naciente al reflejarse en el río Pregel, el General, dirigiéndole una breve y dura mirada, respondió, "Un obstáculo poco importante". Igual juicio le merecía la neutralidad belga.

EL ASUNTO BELGA

La Bélgica neutral e independiente fue creación de Inglaterra, mejor dicho del más habilidoso ministro de relaciones exteriores de Inglaterra, Lord Palmerston. La costa de Bélgica constituía la frontera de Inglaterra; fue en las planicies belgas donde Wellington había derrotado a la máxima amenaza de Inglaterra después de la Armada. ³ A partir de entonces Inglaterra tomó la determinación de hacer de ese pedazo de territorio abierto y fácilmente expugnable una zona neutral y, bajo el acuerdo post-napoleónico del Congreso de Viena ⁴, convino con las otras potencias en anexarla al Reino de Flandes. Contagiados de la fiebre nacionalista del siglo xix y resentidos de que se les hubiera obligado a unirse a una potencia protestante, los belgas se revelaron en 1830, haciendo con ello estallar una revuelta internacional. Los holandeses pelearon para retener su nueva provincia; los franceses, ansiosos de recuperar lo que una vez habían gobernado, intervinieron. Los estados autocráticos -Rusia, Prusia y Austria- empeñados en mantener

¹Reimpreso con permiso de Mcmillan Publishing Company y de Russel Volkening como agentes del autor de *The Guns of August* por Barbara W. Tuchman. Derechos reservados por la autora. Subtítulos y preguntas al final insertadas por James Brian Quinn para ayudar a los estudiantes.

²Nota del Traductor. Karl Von Clausewitz, (1780 - 1831); Oficial del ejército prusiano y escritor especializado en táctica militar

³Nota del Traductor: Flota de barcos de guerra llamada la Armada Invencible que fue enviada contra Inglaterra en 1588 por Felipe II de España, la cual fue casi totalmente destruida por la marina inglesa y el mal tiempo

⁴Nota del Traductor: Conferencia organizada por las principales potencias europeas en 1814 - 1815 al finalizar las guerras napoleónicas, con el objeto de restaurar las monarquías y reajustar los territorios de Europa

Europa bajo la tutela vienesa, se dispusieron a disparar ante la primera señal de rebelión que surgiera en cualquier parte.

Lord Plamerston resultó ser el mejor estratega de todos. Supo que una provincia sometida sería una eterna tentación para cualquiera de sus vecinos, y que sólo una nación independiente, resuelta a mantener su soberanía, podría sobrevivir como zona de seguridad. Durante nueve años de estoicismo y sumisión, de nunca desviarse de su objetivo y de enfrentar a la armada inglesa cuando era necesario, Lord Palmerston contrapuso a todos los contendientes, logrando así un tratado internacional que garantizaba que Bélgica fuera "un estado independiente y eternamente neutral". El tratado fue firmado por Inglaterra, Francia, Prusia, Rusia y Austria en 1839.

Desde que en 1892 Francia y Rusia se unieron en una alianza militar, cuatro de los cinco signatarios del tratado belga automáticamente se comprometieron, en grupos de dos, a participar en la guerra para la cual se había preparado Schlieffen. Europa se convirtió en un montón de sables, apilados tan delicadamente como si fueran "palillos chinos"; ninguno podía ser agredido sin que los otros intervinieran. Bajo los términos de la alianza austro-alemana, Alemania estaba obligada a apoyar a Austria en caso de cualquier conflicto con Rusia; y según los términos de la alianza entre Francia y Rusia, ambas partes estaban obligadas a volverse contra Alemania si alguna de ellas se veía involucrada en una "guerra defensiva" con Alemania. Tales arreglos hacían inevitable el que Alemania -en cualquiera de las guerras que librara- tuviera que pelear en dos frentes contra Rusia y Francia.

El papel que jugaría Inglaterra en todo esto era incierto; podía continuar siendo neutral o bien, de existir una causa, volverse contra Alemania. El que Bélgica pudiera ser esa causa no constituía ningún secreto. En la guerra franco-prusiana de 1870, cuando Alemania aún era una potencia en ascenso, Bismarck ⁵ se había mostrado muy complacido ante la insinuación hecha por Inglaterra en el sentido de reafirmar la inviolabilidad de Bélgica. Gladstone ⁶ había pues obtenido un tratado entre ambos beligerantes, previniendo que si alguno de ellos violaba la neutralidad de Bélgica, Inglaterra cooperaría con el otro en su defensa, aunque sin involucrarse en las operaciones generales de guerra. Aun cuando la fórmula glastoniana resultaba un tanto impráctica, los alemanes no tenían razón alguna para sospechar el motivo subyacente, mucho menos operativo en 1914 que en 1870. Sin embargo, Schlieffen decidió, en caso de guerra, atacar Francia vía Bélgica.

PRIMERO FRANCIA

Su razón fue de "necesidad militar". "En una guerra de dos frentes, escribió Schlieffen, Alemania entera debe lanzarse sobre un solo enemigo; el más fuerte, el más poderoso y peligroso, y ese enemigo sólo puede ser Francia". El plan perfeccionado por

⁵Nota del traductor: Otto Eduard Leopold Von Bismark (1815 - 1898); Príncipe y Canciller prusiano, llamado "El Canciller de Hierro", unificó a Alemania.

⁶Nota del Traducotr: William Ewart Gkadstone (1809 - 1898); hombre de estado y Primer Ministro de Inglaterra durante los periodos 1868 - 1974; 1880 - 1885; 1886; 19892 - 1894.

Schlieffen en 1906 -año en el que se jubiló- asignaba seis semanas y siete octavas partes de las fuerzas alemanas para aplastar a Francia, mientras que la fuerza restante debería defender su frontera oriental contra Rusia hasta que el grueso de sus fuerzas pudiera regresar para enfrentar al segundo enemigo. Escogió Francia primero dado que Rusia podría frustrar una rápida victoria con sólo replegarse en su enorme territorio, dejando que Alemania fuera absorbida en una interminable campaña, como había ocurrido con Napoleón. Francia, por el contrario, estaba al alcance y permitía una movilización más rápida. Tanto el ejército alemán como el francés requerían de dos semanas para llevar a cabo una movilización completa previa a cualquier ataque importante, de manera que éste pudiera iniciarse a partir del decimoquinto día. De acuerdo a los cálculos de los alemanes, dadas sus vastas distancias, por lo numeroso de sus tropas y debido a su escasez de vías férreas, a Rusia le llevaría seis semanas preparar cualquier ofensiva de importancia, plazo suficiente para derrotar a Francia.

El riesgo de dejar a Prusia del Este, dominio de los oligarcas alemanes y reducto de la aristocracia prusiana, bajo el mando de sólo nueve divisiones era difícil de aceptar, pero Federico El Grande había dicho, "es mejor perder una provincia que dividir las fuerzas con las cuales se busca la victoria", y nada conforta más a la mentalidad militar que una máxima de un grande y extinto general. Sólo lanzando un enorme ejército contra su región occidental se podría exterminar con rapidez a Francia. Sólo mediante una estrategia envolvente, usando Bélgica como conducto podrían las tropas alemanas, según Schlieffen, atacar Francia con mayor éxito. Su razonamiento, parecía perfecto desde un punto de vista puramente militar.

El ejército alemán que se emplearía contra Francia contaba con millón y medio de elementos, ahora era seis veces más grande que el de 1870 y necesitaba espacio suficiente para maniobrar. Las fortificaciones francesas construidas después de 1870 a lo largo de las fronteras de Alsacia y Lorena impedían a los alemanes realizar un ataque frontal a través de la frontera común. Un sitio prolongado no permitiría, de permanecer abierta la retaguardia francesa, atrapar rápidamente al enemigo en una batalla de aniquilación total. La única manera de destruir a los franceses era con un ataque envolvente por la retaguardia. Sin embargo, en ambos extremos de las líneas francesas hay territorio neutral: Suiza y Bélgica. No había espacio suficiente para que el enorme ejército alemán tendiera un cerco a las tropas francesas y siguiese permaneciendo en Francia. Los alemanes lo habían hecho ya en 1870, cuando ambos ejércitos eran pequeños; ahora se trataba de movilizar un ejército de millones de soldados para flanquear a otro ejército también de millones de hombres. Espacio, caminos y ferrocarriles eran indispensables. Las planicies de Flandes los tenían. Bélgica ofrecía tanto el espacio para realizar la operación de flanco, fórmula de Schlieffen para lograr el éxito, como la posibilidad de evitar el ataque frontal, sinónimo de desastre para Schlieffen.

Clausewitz, oráculo del pensamiento militar alemán, había dispuesto una victoria rápida, mediante "una batalla decisiva", como objetivo primordial en una ofensiva de guerra. La ocupación del territorio enemigo y el control de sus recursos eran secundarios. Acelerar una decisión temprana era esencial. El tiempo contaba por sobre todo lo demás.

Clausewitz condenaba todo lo que prolongara una campaña; la "aniquilación gradual" del enemigo, al igual que una guerra de desgaste eran tan ténidas por él como el mismo infierno. Clausewitz escribió durante la década de Waterloo y desde entonces sus obras habían sido aceptadas como la Biblia de la estrategia militar.

LA NUEVA CANNAE ⁷

Para lograr una victoria decisiva, Schlieffen eligió una estrategia derivada de Aníbal y La Batalla de Cannae (Canas). El desaparecido general que hipnotizó a Schlieffen había muerto hacía mucho tiempo. Habían transcurrido dos mil años desde el clásico doble envolvimiento de los romanos por parte de Aníbal. El cañón, la ametralladora y el fusil habían reemplazado a la honda, al arco y la flecha. Schlieffen escribió, "sin embargo los principios de la estrategia no han sufrido cambios. El frente enemigo no constituye el objetivo, lo esencial es aplastar los flancos... y completar el exterminio mediante un ataque por la retaguardia". Bajo Schlieffen el envolvimiento se convirtió en fetiche y el ataque frontal en anatema del Estado Mayor alemán.

El primer plan de Schlieffen que incluía la violación de la soberanía belga se formuló en 1899. Exigía cortar a través de la porción de territorio belga situada al este del río Mosa. Aumentando en cada año transcurrido, para 1905 el plan se había ampliado al grado de requerir un enorme movimiento envolvente del flanco derecho, en el cual las tropas alemanas cruzarían Bélgica, de Lieja a Bruselas, antes de virar hacia el sur, donde podrían aprovechar la campiña abierta de Flandes para avanzar contra Francia. Todo dependía de una rápida decisión en contra de Francia, e incluso el largo rodeo a través de Flandes llevaría menos tiempo que sitiar las fortificaciones de la frontera común.

Schlieffen no contaba con suficientes divisiones como para realizar un doble envolvimiento de Francia al estilo Cannae. Por ello decidió emplear un ala derecha bien conformada, que se extendería por toda Bélgica, a lo largo de ambas riveras del Mosa, y, arrasaría con todo a su paso como una guadaña, cruzaría la línea fronteriza franco-belga en toda su extensión y descendería por el valle de Oise en pos de París. El contingente alemán avanzaría entre la capital y las fuerzas francesas, las cuales, habiendo retrocedido para enfrentar la amenaza, serían atrapadas, lejos de sus áreas fortificadas, en una batalla decisiva de aniquilación. Era indispensable para este plan contar con un deliberadamente débil flanco izquierdo alemán ubicado en el frente Alsacia-Lorena, la cual tentaría a los franceses de esa zona a apresurarse hacia un callejón ubicado entre Metz y Los Vosgos. Se esperaba que los franceses, en un intento por liberar sus provincias perdidas, atacaran en esa zona, lo cual contribuiría al éxito del plan alemán, ya que eso le permitiría al flanco izquierdo alemán mantener encajonado al enemigo, mientras en la retaguardia se obtenía la victoria crucial. En sus adentros, Schlieffen abrigaba la esperanza de que, al desplegarse la batalla, podría ordenarse un contraataque de su flanco izquierdo, de manera que se lograra un doble envolvimiento genuino

⁷Canas (Cannae en latín) fue una antigua ciudad situada en el sudeste de Italia en la cual, en el año 216 A.C. Aníbal derrotó a los romanos mediante tácticas envolventes y de aniquilación.

"a la Cannae" con el que soñaba. Decidido a reservar su mayor fuerza para el flanco derecho, Schlieffen no sucumbió ante el arrojado de su plan. Sin embargo, el cebo del ala izquierda continuó siendo una tentación para sus sucesores.

Así, los alemanes llegaron a Bélgica. La batalla decisiva exigía el envolvimiento, y éste, a su vez, el uso de territorio belga. El Estado Mayor alemán dictaminó que dicho envolvimiento era una necesidad militar; el Kaiser y el Canciller lo aceptaron con mayor o menor ecuanimidad. Si era o no aconsejable o conveniente tomando en cuenta su probable efecto en la opinión pública mundial, especialmente en la de posición neutral, era irrelevante. El único criterio válido era que parecía ser necesario para el triunfo de las fuerzas alemanas. La lección de 1870 provocó que los alemanes asimilaran la idea de que las arenas y la guerra eran la única fuente de la grandeza alemana. En su libro *La Nación en Armas*, el Mariscal de Campo Von der Goltz ya les había enseñado que "hemos ganado nuestra posición mediante el filo de nuestro sable, no a través de nuestra agudeza mental". La decisión de violar la neutralidad belga se tornó con facilidad.

EL CARÁCTER NACIONAL

El carácter es destino, decían los griegos. Cien años de filosofía alemana se aplicaron en la formulación de esta decisión cuya semilla de auto-destrucción se mantuvo latente, en espera de su hora propicia. La voz era la de Schlieffen, pero la mano pertenecía a Fichte, quién concebía al pueblo alemán como el elegido por la Providencia para ocupar el lugar supremo en la historia del universo, de Hegel, quien viera en Alemania al líder de un mundo dirigido hacia un glorioso destino *de Kultur* obligatoria, de Nietzsche quien dijo que los superhombres estaban por sobre todos los controles ordinarios; de Treitschke, quién estableció la acumulación de poder como el más alto deber moral del estado y de todo el pueblo alemán, el cual se refería a su gobernante temporal como "Alteza Suprema". Lo que hizo posible el plan de Schlieffen no fue ni Clausewitz, ni la Batalla de Cannae, sino la concretización de un egoísmo acumulado del que se había nutrido el pueblo alemán, creando con ello una nación alimentada con "la desesperada ilusión de una voluntad que se juzga absoluta sí misma".

El objetivo, la batalla decisiva, fue producto de las victorias sobre Austria y Francia en 1866 y 1870. Las batallas anteriores, al igual que los generales muertos, mantienen en su ámbito caduco la mentalidad militar, y los alemanes, al igual que otros pueblos, se prepararon para la guerra última. Todo lo referente a la batalla decisiva lo habían derivado de la figura de Aníbal, sin embargo, el mismo fantasma de Aníbal podría haberle recordado a Schlieffen que si bien Cartago venció en Cannae, fue Roma la que ganó la guerra.

El viejo Mariscal de Campo Molke predijo en 1890 que la siguiente guerra podría durar siete o treinta años, ya que los recursos de un estado moderno eran tan considerables que éste no se consideraría vencido después de la primera derrota militar, y por ende, no estaría dispuesto a ceder. Su sobrino y homónimo, sucesor de Schlieffen como Jefe de Estado Mayor, también tuvo momentos de lucidez en que vio la verdad claramente. En un momento de insubordinación hacia Clausewitz, le dijo al Kaiser en 1906, "será una

guerra nacional que no podrá resolverse en una batalla decisiva, sino en una larga y fatigosa contienda, contra un país que no podrá ser derrotado sino hasta que se hayan destruido totalmente sus fuerzas nacionales; una guerra que agotará hasta sus límites a nuestro propio pueblo, inclusive si resultamos victoriosos". Era, de cualquier forma, contrario a la naturaleza humana, y a la naturaleza del Estado Mayor, seguir la lógica de su propia profecía. Amorfo y sin límites, el concepto de una guerra larga no podía planearse científicamente, como podía hacerse con la ortodoxa, predecible y simple solución de una batalla decisiva y una guerra corta. El más joven de los Moltke era ya Jefe del Estado Mayor cuando expresó su profecía, pero ni él, ni su Estado Mayor, ni ningún otro Estado Mayor de otro país hicieron esfuerzo alguno para planear una guerra larga. Además de los dos Moltke, uno ya muerto y el otro carente de firmeza en sus propósitos, varios estrategas de otros países vislumbraron la posibilidad de una guerra prolongada, pero todos prefirieron creer, junto con los banqueros e industriales, que, debido al dislocamiento de la actividad económica, una guerra europea no podría durar más de 3 o 4 meses. Una constante entre los elementos de 1914, como en cualquier otra época, era la disposición general de todas las partes a no prepararse para la alternativa más difícil, a no actuar en función de lo que todos sospechaban era cierto.

Al adoptar la estrategia de "la batalla decisiva" Schlieffen hizo que de ella dependiera el destino de Alemania. Esperaba que Francia invadiera Bélgica tan pronto como el despliegue de Alemania en la frontera belga revelara su estrategia, razón por la cual él había planeado que fuera Alemania la que diera el primer paso y que lo diera con rapidez; "una u otra parte debe romper la neutralidad belga". Esa era su tesis. "El primero que llegue, ocupe Bruselas e imponga un tributo de guerra de unos mil millones de francos, tendrá ventaja".

La indemnización, que permite a un estado conducir la guerra con cargo al enemigo, constituía el segundo objetivo formulado por Clausewitz; el tercero era granjearse el favor de la opinión pública, lo cual se logra "obteniendo grandes victorias y apoderándose del capital del enemigo", cosa que asimismo ayudaba a finiquitar la resistencia. El sabía que el éxito material podía ganar la opinión pública, pero olvidó que el fracaso moral podía perderla; factor que también constituye un riesgo de guerra.

Los franceses nunca perdieron de vista ese riesgo, lo que los condujo a conclusiones opuestas a las que Schlieffen anticipaba. Bélgica era también su ruta de ataque, a través de Las Ardenas y no de Flandes, sólo que su plan de campaña prohibía a sus tropas usar ese camino antes que los alemanes hubieran invadido Bélgica. Para ellos la lógica del asunto era clara: Bélgica era un camino abierto en cualquiera de sus direcciones; el que Alemania o Francia lo usaran dependía sólo de cuál de las dos deseaba más la guerra. Como lo expresó un general francés, "la nación que esté más a favor de la guerra no podrá evitar el estar también a favor de la violación de la neutralidad belga".

Schlieffen y su Estado Mayor no pensaron que Bélgica pelearía y que añadiría sus seis divisiones a las fuerzas francesas. Cuando el Canciller Bülow, al discutir el problema con Schlieffen en 1904, le recordó la advertencia hecha por Bismarck en el sentido de que sería contrario al "más elemental sentido común" añadir otro enemigo a

las fuerzas opositoras de Alemania, Schlieffen, ajustando repetidas veces su monóculo en el ojo, como era su costumbre, le dijo "Por supuesto, no nos hemos vuelto más estúpidos de entonces a la fecha". Añadió que Bélgica no resistiría la fuerza de las armas; se conformaría con sólo protestar.

La confianza alemana en este aspecto se debía al exagerado valor que se le asignaba a la bien conocida avaricia de Leopoldo II, quién fuera rey de los belgas en la época de Schlieffen. Alto e imponente con sus negras y abundantes barbas, su aura de perversidad, asociada con escándalos amorosos, con crueldades cometidas en el Congo y con otros excesos. En opinión de Franz Josef, Emperador de Austria, Leopoldo era, "un hombre íntegramente malo". A decir del Emperador, en aquel entonces muy pocos hombres podían describirse en esos términos, mas el rey de los belgas era uno de ellos. Dado que Leopoldo, entre otros vicios, tenía el de ser avaro, el Kaiser supuso que la avaricia se impondría sobre el sentido común, y con esa idea en mente concibió un inteligente plan para atraer a Leopoldo hacia una alianza, a cambio de [un] ofrecimiento de territorio francés. Siempre que el Kaiser se planteaba emprender un proyecto, de inmediato se aventuraba a llevarlo a la práctica, y era usual que terminara sorprendido y atribulado cuando su proyecto fracasaba. En 1904 el Kaiser invitó a Leopoldo a que lo visitara en Berlín, le habló, "de la manera más amable del mundo", sobre sus orgullosos antepasados, los Duques de Borgoña, y le ofreció delimitar de nuevo el antiguo ducado de Borgoña, separarlo de Artois, el Flandes francés y la Ardena francesa y otorgárselo. Leopoldo, "boquiabierto" y riendo para disimular su perplejidad, le recordó al Kaiser que eran muchos los cambios acaecidos desde el siglo XV. De cualquier manera, dijo, sus ministros y su Parlamento nunca llegarían a considerar siquiera tal ofrecimiento.

Esa era precisamente la respuesta equivocada, pues el Kaiser tuvo uno de sus violentos arranques, reprendiendo al Rey por anteponer su respeto hacia el Parlamento y hacia los Ministros al respeto que se debe al dedo de Dios (con el que Guillermo mismo algunas veces se confundía). "Se lo dije", le comentaba el Kaiser Guillermo al Canciller von Bülow. "Conmigo no se juega, quienquiera que, en caso de una guerra europea, no esté conmigo, está en mi contra". Proclamaba ser un soldado que, siguiendo la escuela de Napoleón y de Federico El Grande, iniciaba sus guerras previniendo de antemano a sus enemigos. 'Así es que, en caso que Bélgica no esté de mi lado, actuaré sólo bajo consideraciones estratégicas".

Esta intención manifiesta, primera amenaza explícita para romper el tratado, hizo que el rey Leopoldo enmudeciera. Se dirigió a la estación con su casco puesto al revés, mirando al ayudante que le acompañaba "como si hubiera sufrido algún tipo de conmoción".

Aun cuando el esquema del Kaiser había fallado, se esperaba todavía que Leopoldo transara con la neutralidad de Bélgica y la vendiera por dos millones de libras esterlinas. Cuando, después de la guerra un oficial de la inteligencia francesa oyó de labios de un oficial alemán la cifra ofrecida, expresó su sorpresa ante tamaña generosidad, respondiéndole el alemán que "los franceses pagarían por ello". Aún después de la sucesión de Leopoldo en 1909, año en que ocupó el trono su sobrino el Rey Alberto, los

sucesores de Schlieffen seguían considerando la neutralidad de Bélgica como una mera formalidad. Podría, por ejemplo, como sugirió un diplomático alemán en 1911, tomar la foma de "un alineamiento de sus tropas a lo largo del camino ocupado por las fuerzas alemanas".

"BARRAN EL CANAL"

Schlieffen designó 34 divisiones para que tornaran los caminos de Bélgica y dispusieran durante el operativo de las seis divisiones con que contaban los belgas, si es que éstos optaban por la resistencia, actitud que los alemanes juzgaban muy poco probable. Estos esperaban ansiosos que no lo hicieran, pues dicha resistencia significaría la destrucción de ferrocarriles y puentes, y la consecuente alteración del programa que el Estado Mayor apoyaba con tanta pasión. La condescendencia belga, por otro lado, evitaría la necesidad de comprometer a las divisiones destinadas a sitiar las fortalezas belgas, además de que facilitaría silenciar la censura pública que condenaba la acción alemana. Para persuadir a Bélgica en contra de una resistencia inútil, Schlieffen dispuso que ésta, antes de la invasión, fuera confrontada mediante un ultimátum, requiriéndole que cediera "todas sus fortificaciones, ferrocarriles y tropas", o se atuviera al bombardeo de sus ciudades fortificadas. La artillería pesada estaba dispuesta para hacer de la amenaza una realidad, si fuese necesario. El armamento pesado, escribió Schlieffen en 1912, se necesitaría más adelante en la campaña. "La gran ciudad industrial de Lille, por ejemplo, representa un excelente blanco para el bombardeo".

Para lograr envolver por completo a los franceses, Schlieffen quería que su flanco derecho llegara hasta Lille. "Cuando marchen hacia Francia, había dicho, dejen que el hombre que va a su derecha 'barra' el canal con su manga". Además, contando con la beligerancia británica, Schlieffen deseaba un movimiento de barredora amplio, por medio del cual arrasaría a los franceses junto con la fuerza expedicionaria británica. Consideraba que la capacidad de bloqueo de la Marina de la Gran Bretaña era más peligrosa que la de sus fuerzas de tierra, de manera que confiaba en lograr una rápida victoria sobre las fuerzas terrestres francesas y británicas, así como en alcanzar una pronta decisión en la guerra que había de llegar antes que las consecuencias económicas de la hostilidad británica pudieran hacerse sentir. Con esa finalidad todo debía destinarse a engrosar el flanco derecho. Schlieffen tenía que hacerlo muy numeroso debido a que la densidad de soldados por kilómetro determinaba la extensión de territorio que podía cubrirse.

El uso del ejército activo exclusivamente no lo dotaría con suficiente cantidad de divisiones como para sostener su frontera oriental en contra de una avanzada rusa, ni de las requeridas para lograr la superioridad numérica sobre Francia, que tanto necesitaba para una victoria rápida. Su solución fue sencilla y revolucionaria. Decidió utilizar unidades de reservistas en el frente. Según la doctrina militar prevaleciente, sólo los soldados más jóvenes, recién egresados de la disciplina y rigores de las academias militares, eran aptos para combatir; se consideraba que los soldados reservistas, que habían concluido su servicio militar obligatorio y se habían reintegrado a la vida civil, eran demasiado blandos y no deseables en el frente de combate. Con la sola excepción de

los hombres menores de 26 años, a quienes se les incorporaba a las unidades activas, las reservas se organizaron en divisiones, y serían empleadas en calidad de tropas de ocupación y otras labores de retaguardia. Schlieffen modificó todo eso. Añadió a la línea de acción de las cincuenta o más divisiones activas unas veinte divisiones compuestas por reservistas (el número varió de acuerdo con el año del plan), con este incremento cuantitativo, se hizo factible su ambicionado plan envolvente.

Después de retirarse en 1906, Schlieffen ocupó los últimos años de su vida en escribir sobre Cannae, en mejorar su plan, en elaborar memoranda para orientar a sus sucesores, y finalmente murió en 1913 a la edad de 80 años. Hasta el final se le oía murmurar: "Tiene que derivar en un combate. Tan sólo fortalece el flanco derecho".

VON MOLTKE

Su sucesor, el melancólico general von Moltke era un pesimista que carecía de la rapidez de Schlieffen para concentrar todas sus fuerzas con una sola maniobra. Si bien el lema de Schlieffen era "Hay que ser osados, hay que ser intrépidos", el de Moltke era "Hay que ser osados pero con mesura". Le preocupaba la debilidad de su flanco izquierdo contra los franceses, y los puntos débiles de las fuerzas que quedaban para defender a Prusia del Este contra los rusos. Llegó al extremo de discutir con su Estado Mayor qué tan recomendable sería emprender una guerra defensiva contra Francia, pero rechazó la idea debido a que excluía cualquier posibilidad de "enfrentar al enemigo en su propio territorio". El Estado Mayor aceptó que la invasión de Bélgica sería "totalmente justa y necesaria" porque la guerra sería "por la defensa y la existencia de Alemania". Prevalió el plan de Schlieffen y Moltke se consoló con, como el mismo mencionó en 1913, que "Debemos olvidar todos los lugares comunes que hacen referencia a la responsabilidad del agresor... El éxito en sí justifica la guerra". Pero con el objetivo de estar seguro en cualquier lugar, cada año, en contra de la solicitud que hizo Schlieffen al morir, le quitó poder al flanco derecho para agregárselo al izquierdo.

Moltke planeó un flanco izquierdo alemán de ocho divisiones, con un total de 320,000 hombres para conservar el frente en Alsacia y Lorena al sur de Metz. El centro del ejército alemán, con 11 divisiones y 400,000 hombres invadiría Francia a través de Luxemburgo y Las Ardenas. El flanco derecho alemán de 16 divisiones y 700,000 soldados, atacaría a través de Bélgica, destruiría las fortalezas de Lieja y Namur que defendían el Mosa, y cruzaría el río para llegar a terreno plano y alcanzar las carreteras rectas del flanco más lejano. El programa diario de la marcha se estableció con anticipación. No se esperaba que los belgas combatieran, pero en caso contrario, había esperanzas de que la potencia del asalto alemán los haría rendirse rápidamente. El programa preveía que las carreteras que conducían a Lieja estarían abiertas en el dudodécimo día de la movilización, Bruselas sería tomada el día M-19, la frontera francesa se cruzaría el M-22, la línea entre Thionville y San Quintín se alcanzaría el M-31 y el día M-39 se llegaría a París y se lograría la victoria definitiva.

El plan para la campaña era tan rígido y completo como el plano de un navío de guerra. Tomando en consideración la advertencia de Clausewitz de que los planes militares que no dan margen a lo inesperado pueden conducir a una catástrofe los

alemanes intentaron, con todo cuidado, prever cualquier tipo de contingencia. Se esperaba que los oficiales de su Estado Mayor, entrenados en los pupitres y en las maniobras de la academia militar para proporcionar la respuesta correcta ante cualquier tipo de circunstancias, estuvieran preparados para afrontar lo inesperado. Se habían tomado todas las precauciones contra esa cantidad desafiante y arriesgada excepto una, la flexibilidad.

Mientras que el plan de emprender el máximo esfuerzo se endureció, los temores que Rusia generaba en Moltke se atenuaron a medida que en su Estado Mayor evolucionó la idea, con base en un recuento minucioso de la extensión de su red de ferrocarriles, de que Rusia no estaría "lista" para la guerra sino hasta 1916. Esta opinión prevaleciente entre las filas alemanas fue confirmada por los reportes de sus espías sobre comentarios de los rusos relativos a que "algo se iba a iniciar en 1916".

Dos sucesos en 1914 afinaron aún más la disposición bélica de Alemania. Inglaterra inició en abril pláticas navales con la Unión Soviética, Alemania había completado la ampliación del canal de Kiel, lo cual le permitía a sus acorazados acceso directo del Báltico al Mar del Norte. Al enterarse de las pláticas entre británicos y soviéticos, Moltke afirmó durante una visita a su contraparte austríaco Franz Conrad Von Hótzendorf en el mes de mayo, "cualquier aplazamiento operará en perjuicio de nuestras posibilidades de tener éxito". Dos semanas después, el primero de junio, le dijo al Barón Eckhardstein, "estamos listos, cuanto más pronto mejor para nosotros".

LA VISION FRANCESA

El General de Castelnau, Subjefe del Estado Mayor Francés recibió una visita en el Ministerio de Guerra por parte del Gobernador Militar de Lille en 1913, el General Lebas, quien acudió para protestar por la decisión del Estado Mayor de abandonar Lille como una ciudad fortificada. Ubicada a 16 Kilómetros de la frontera belga y a 65 kilómetros, tierra adentro, del Canal de la Mancha, Lille se encontraba cerca de la trayectoria que seguiría un ejército invasor en caso que incursionara a través de Flandes. En respuesta a las exigencias de defender Lille por parte del General Lebas, de Castelneau extendió un mapa y midió la distancia de la frontera alemana a Lille a través de Bélgica. La densidad normal de tropas necesaria para emprender una ofensiva vigorosa, le recordó a su interlocutor, era de cinco a seis soldados por metro. Si los alemanes pretendían llegar tan lejos como Lille hacia el Oeste, señaló de Castelnau, tendrían que reducirla a dos hombres por metro.

"LOS PARTIREMOS EN DOS"

"¡Los partiremos en dos!", declaró. El ejército alemán activo, explicó, podía desplegar veinticinco divisiones, cerca de un millón de hombres, en el Frente Occidental. "Vamos, calcúlelo usted mismo", le dijo a Lebas extendiéndole la regla. "Si llegan tan lejos como Lille", repitió con una sonrisa sarcástica, "tanto mejor para nosotros".

La estrategia francesa no ignoraba el riesgo de una maniobra envolvente por parte de un flanco derecho alemán. Por el contrario, el Estado Mayor francés pensaba que cuanto más poderoso fuera su flanco derecho, más débiles serían su centro y su flanco izquierdo por donde planeaba penetrar el ejército francés. La estrategia francesa le daba la espalda a la frontera con Bélgica y miraba de frente al río Rhin. Mientras que los alemanes tornaban la ruta más larga para atacar el flanco francés, los franceses planeaban una doble ofensiva que se abriría camino a través del centro alemán y del flanco izquierdo hacia cualquiera de los dos flancos del área alemana fortificada en Metz y después de lograr la victoria ahí, separar al flanco derecho alemán de su base para hacerlo inofensivo. Era un plan muy arriesgado que emanaba de una idea, inherente al resarcimiento de la humillación que Francia había sufrido en el Sedán.

LA SOMBRA DE SEDÁN

Bajo los términos de paz especificados por el tratado de Versalles en 1871, Francia había sufrido una amputación, indemnizaciones y una ocupación. Inclusive figuraba entre los términos una marcha triunfal por parte de la Armada Alemana a lo largo de los Campos Elíseos. Esta tuvo lugar en una avenida sobria y sin espectadores. En Burdeos, sitio en el que la Asamblea Francesa ratificó los términos de paz, los diputados de Alsacia-Lorena salieron del salón con lágrimas en los ojos, dejando tras de sí su protesta: "proclamamos para siempre el derecho de los alsacianos y los lorenos a seguir siendo ciudadanos de Francia. Juramos por nosotros mismos, por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos que reclamaremos siempre y por todos los medios ese derecho ante el usurpador".

La anexión era un requisito que plantearon Moitke y sus colaboradores, a pesar que Bismark se opuso a la misma al afirmar que representaría el talón de Aquiles del nuevo imperio alemán. Convencieron al Emperador de que las provincias fronterizas de Metz, Estrasburgo y parte de los Vosgos debían dividirse para lograr poner a Francia a la defensiva en términos geográficos. Además impusieron una indemnización extraordinaria de cinco mil millones de francos, el cual buscaba endeudar a Francia a lo largo de toda una generación, y colocaron en su territorio un ejército de ocupación que habría de retirarse hasta que se pagara esa deuda. Con enormes esfuerzos los franceses reunieron esa cantidad y pagaron el tributo en cuestión de tres años, y así se inició su recuperación.

El recuerdo de Sedán prevalecía, como una oscura sombra permanente en la memoria de los franceses. "*N'en parlez jamais; pensez-y toujours* " (Jamás hablen de ello; piensen siempre en ello) había sido el consejo de Gambetta. Durante más de cuarenta años el pensamiento de "una vez más" era el factor de mayor importancia en la política francesa. En los primeros años de la década de 1870 el instinto y la debilidad

militar obligaban a una estrategia de fortaleza. Francia se amuralló dentro de un sistema de campos atrincherados comunicados mediante fuertes. Dos líneas fortificadas, la Belfort-Epinal y la Toul-Verdun, protegían la frontera del este, y otra línea, la Maubeuge-Velenciennes-Lille, protegía la mitad occidental de la frontera con Bélgica; los sectores libres debían servir para canalizar las fuerzas de invasión.

Tras su muro, como exclamaba Víctor Hugo con emoción: "Francia no tendrá más que un pensamiento: reconstrucción de sus fuerzas, reunir energías, alimentar su sagrada ira, criar a su generación, joven para formar un ejército del pueblo entero, trabajar sin descanso, estudiar los métodos y las habilidades de nuestros enemigos, volver a ser una gran Francia, la de 1792, la Francia de una idea con un sable. Entonces llegará el día en que será irresistible. Entonces recuperará Alsacia-Lorena."

Mediante uná nueva prosperidad y un imperio en crecimiento, a través de las interminables luchas entre civilidad y realeza, populismo, clericalismo, huelgas, y el culminante y desastroso caso Dreyfus, se mantenía viva la sagrada ira, en especial entre el ejército. Lo único que mantenía juntos a todos los elementos del ejército, ya fueran de la vieja guardia o republicanos, jesuitas o masones, era la *mystique d'Alsace* (la mística de Alsacia). Los ojos de todos estaban fijos en la línea azul de los Vosgos. Un capitán de infantería confesó en 1912 que acostumbraba guiar a los hombres de su compañía en patrullajes secretos por las oscuras cimas desde las que podían observar Colmar. "A nuestro regreso de esas expediciones clandestinas se reagrupaban nuestras columnas, y los soldados se perturbaban por la emoción."

Originalmente ni francesa ni alemana, Alsacia había sido objeto de apropiaciones sucesivas por parte de ambas naciones hasta que, bajo el reinado de Luis XIV, se confirmó su pertenencia a Francia con el tratado de Westphalia en 1648. Después que Alemania se anexó Alsacia y parte de Lorena en 1870, Bismark propuso que se le concediera la mayor autonomía posible a los habitantes y que se reforzara su individualidad porque, según dijo, mientras más alsacianos se sintieran, no se sentirían tan franceses. Sus sucesores no creyeron que tal cosa fuera necesaria. No tomaron en cuenta los deseos de sus nuevos súbditos, no trataron de ganar su aprecio, administraron las provincias en calidad de *Reichsland*, o "territorio imperial" bajo oficiales alemanes casi de la misma manera en que administraban sus colonias africanas, lo único que lograron fue enfurecer y disgustar a la población hasta que en 1911 se les concedió una constitución. Pero entonces ya era muy tarde. El gobierno de los alemanes en la región hizo explosión con el asunto Zabern en el año de 1913, el cual dio inicio después de un intercambio de insultos entre algunos guardias y gente del pueblo debido a que un oficial alemán golpeó con su sable a un zapatero lisiado. Ello originó que se expusiera públicamente la política alemana en *el Reichsland*, lo que se tradujo en un sentimiento antigermánico en la opinión pública y en el simultáneo triunfo del militarismo en Berlín, donde el oficial de Zabern se convirtió en un héroe al que el Príncipe de la Corona le expresó sus felicitaciones.

Para Alemania, la decisión de 1870 no representó un arreglo definitivo. La era de Alemania, que creían recién se había iniciado cuando se proclamó el imperio alemán en

el Salón de los Espejos en Versalles en realidad no había comenzado. Francia no había sido aniquilada; de hecho, el imperio francés continuaba su expansión en Africa del Norte y en Indochina; el mundo artístico de la belleza y el estilo acataba aún los lineamientos de París. A los alemanes todavía los carcomía la envidia por el país que habían conquistado. Había un dicho alemán que decía: "tan bien como Dios en Francia." Pero al mismo tiempo consideraban a Francia un país decadente en términos culturales y debilitado por la democracia. "Es imposible que un país que ha tenido cuarenta y dos ministros de guerra en cuarenta y tres años combata con eficiencia", afirmaba el profesor Hans Delbrück, el principal historiador alemán. Creyendo ser superiores en cuanto a espíritu, fortaleza, energía, industria y virtudes nacionales, los alemanes creían también merecer el dominio de Europa. Había que terminar el trabajo que se había iniciado en Sedán.

"IMPULSO VITAL"

Bajo la sombra de ese asunto aún no terminado, Francia, cuyo espíritu y fuerza renacían, se cansó de vivir eternamente en guardia, ante un constante exhorto a defenderse por parte de sus líderes. Con el cambio de siglo se reveló su espíritu en contra de treinta años de existencia a la defensiva con las implicaciones de inferioridad que ello conlleva. Francia sabía que era físicamente más débil que Alemania. Contaba con menor población y su tasa de nacimientos también era menor. Le era necesaria un arma que Alemania no tuviera para poder confiar en su supervivencia. La "idea con una espada" satisfacía esa necesidad. En términos bergsonianos en ello consistía el *élan vital* (impulso vital), la voluntad que todo lo logra. La creencia en su poder convenció a Francia de que el espíritu humano no tenía que humillarse ante las fuerzas predestinadas del universo que Schopenhauer y Hegel habían proclamado como inevitables. El espíritu de Francia habría de ser el factor de equilibrio. Su voluntad de ganar, su *élan*, le permitiría a Francia vencer a su enemigo. Su genio radicaba en su espíritu, el espíritu de *la gloire* (la gloria), de 1792, de la incomparable "Marsellesa", el espíritu de la heroica carga de caballería del general Margueritte ante Sedán, cuando inclusive Guillermo I, al observar la batalla, no pudo evitar exclamar: "*Oh, les braves gens!* (¡Oh, los jóvenes valientes!).

La creencia en el fervor de Francia, en *el furor Gallicae*, revivió la confianza de Francia en sí misma en la generación posterior a 1870. Sería precisamente el fervor - que despliega las banderas, que hace sonar los clarines, que arma a los soldados- lo que llevaría a Francia a la victoria si llegara a tener lugar el día del "una vez más."

El élan vital de Bergson, traducido a términos militares, se convirtió en la doctrina de la ofensiva. En la misma proporción en que la estrategia defensiva cedía su lugar a la estrategia ofensiva, la atención que se prestaba a la frontera con Bélgica fue desplazada en forma gradual por un cambio orientado hacia el este hasta el punto desde el cual era posible lanzar una ofensiva francesa que atravesara el Rin. Para los alemanes, el camino de rodeo por Flandes conducía a París; a los franceses no los conducía a ningún lugar. La única manera de llegar a Berlín era por la vía más corta. Mientras los

generales del Estado Mayor francés pensaban más y más en una ofensiva, concentraban cada vez más fuerzas en el punto desde donde lanzarían el ataque y dejaban una menor cantidad de las mismas en los sitios de defensa de la frontera con Bélgica.

La doctrina de la ofensiva se basaba en la *Ecole Supérieure de la Guerre* o Escuela Superior de Guerra, el reducto de la intelectualidad del ejército, cuyo director, el general Ferdinand Foch, era nada menos que el autor de la teoría militar que dominaba en esos días el panorama francés. La mente de Foch, tal como los corazones, contenía dos válvulas: una de ellas bombeaba el espíritu hacia la estrategia; la otra hacía hacer circular el sentido común. Por una parte Foch predicaba una *mística* de voluntad expresada en sus famosos aforismos: "la voluntad de conquista es la primera condición para lograr la victoria", o bien, para ser más concretos, "*la victoria es la voluntad*" y "una batalla ganada es una batalla en la que no se está dispuesto a confesar la derrota."

En la práctica, esto se habría de convertir en la famosa orden de la batalla del Marne de atacar cuando la situación exigiera una retirada. Sus oficiales de aquellos tiempos lo recuerdan vociferando "¡al ataque, al ataque!" con gestos furiosos en tanto que deambulaba con rapidez como si fuera un autómata electrónico. Posteriormente se le preguntó por qué avanzó hacia el Marne cuando ya se encontraba técnicamente derrotado. "¿Por qué? No lo sé. Debido a mis hombres, debido a que contaba con la voluntad de hacerlo. Y además, allí estaba Dios."

A pesar de ser un gran estudioso de Clausewitz el general Foch no creía, como los sucesores alemanes de Clausewitz, en la confiabilidad de un esquema completo de batalla integrado con anterioridad a los hechos. Creía más bien en la necesidad de la adaptabilidad perpetua y en la improvisación para actuar de acuerdo con las circunstancias. En una ocasión hizo la siguiente afirmación: "las normas están muy bien a la hora de las prácticas, pero en el momento de peligro no sirven para gran cosa... Es preciso aprender a pensar." Pensar significaba dejar lugar a las iniciativas y a los imponderables con el fin de sobreponerse de continuo, con el fin de que la voluntad demuestre su superioridad sobre las circunstancias.

Pero el concepto de que la ética bastaba para conquistar, advertía el mismo Foch, era una "idea infantiloides." Con rapidez, escapaba a sus disertaciones metafísicas cuando daba conferencias o cuando escribía ensayos como *Les Principes de la Guerre* (Los principios de la Guerra) y *La Conduite de la Guerre* (El Comportamiento en la Guerra) previos a la guerra, y se ubicaba en la realidad de las tácticas, en la necesidad de desplegar tropas de avanzada, en la necesidad de la *seguridad* o protección, los elementos del poder de las armas, la necesidad de contar con obediencia y disciplina. La parte verdaderamente realista de sus enseñanzas se resume en otro de sus aforismos popularizados durante la guerra: "*De Quoi s'agit-il*" (¿Cuál es la esencia del problema?)

Si bien era muy elocuente en cuanto a tácticas se refiere, lo que cautivó las mentes de sus seguidores fue su *mística* de la voluntad. En una ocasión en el año de 1908, cuando Clemenceau pensaba en nombrar a Foch -quien entonces era sólo un profesor-director del Colegio de Guerra, un agente secreto al que le había encomendado acudir a las lecciones le reportó con asombro lo siguiente: "este oficial enseña una metafísica tan

oscura que hace parecer idiotas a sus alumnos." A pesar que Clernanceau, de hecho lo nombró director había algo de cierto en ese reporte. Los principios del general Foch, no por ser demasiado oscuros, sino por resultar muy atractivos le tendieron una trampa a la nación francesa. El coronel Grandmaison, un "oficial vigoroso y brillante" quien era director de la tercera sección del Ministerio de Operaciones Militares, y quien en 1911 brindó dos conferencias en la Escuela Superior de Guerra -que tuvieron un efecto de realización- los adoptó con singular entusiasmo, difundió con decisión los principios de Foch.

"OFENSIVA A ULTRANZA"

El coronel Grandmaison sólo comprendió los fundamentos más la esencia de estos principios. Al enunciar su *élan sin seguridad*, habló de una filosofía militar que electrificó a su auditorio. Blandió frente a sus ojos sorprendidos la "idea con un sable" que les mostraba cómo Francia podía ser capaz de vencer. Su esencia era *la ofensiva a ultranza*. Sólo algo así podría dar lugar a la batalla decisiva de Clausewitz, la cual, "llevada al extremo constituye el acto esencial de la guerra" y que "una vez que se ha emprendido debe llevarse hasta el final, sin reticencias, hasta los extremos de la resistencia humana." El *sine qua non* de esta empresa consiste en tomar la iniciativa. Todo arreglo preconcebido basado en un juicio dogmático de lo que habrá de hacer el enemigo es siempre prematuro. La libertad de acción sólo se consigue mediante la imposición de la voluntad propia al enemigo "Todas mas decisiones de los comandantes deben inspirarse en la voluntad de ganar y mantener la iniciativa." Se olvida la defensiva, se abandona, se le descarta; su única justificación posible radica en una poco frecuente "economía de fuerzas en determinados momentos con la perspectiva de agregarlas a la ofensiva."

El efecto que esto causó en el Estado Mayor fue muy profundo, y durante los dos años subsecuentes se expresó en las Nuevas Normas de campo para la conducción de la Guerra y en un nuevo plan de campaña denominado Plan 17, el cual fue adoptado en mayo de 1913. Tan sólo unos meses después de las conferencias de Grandmaison, el presidente de la República, M. Fallieres, hizo el siguiente anuncio: "Sólo la ofensiva le conviene al temperamento de los soldados franceses... Estamos determinados a marchar de frente y sin dudas en contra del enemigo"

Las nuevas normas de campo, que el gobierno promulgó en octubre de 1913 y que constituían el documento esencial que reglamentaba el entrenamiento y el comportamiento en el seno del ejército francés, se promulgaron en medio de una ostentosa ceremonia: "El ejército francés, al retomar su tradición, de ahora en adelante no admite más ley que la de la ofensiva." Luego seguían ocho mandatos, los cuales incluían frases sonoras como "batalla decisiva," "ofensiva sin reservas," "tenacidad y fiereza," "acabar con la voluntad del adversario," "persecución incesante y despiadada." Con todo el ardor de la ortodoxia cuando acaba con la herejía, las normas acababan con la defensiva y la descartaban por completo. Se proclamaba que "la sola ofensiva es lo que conduce a resultados positivos." El séptimo mandato, escrito con cursivas por los autores mismos, especificaba lo siguiente: "*Las batallas son sobre todo gestos de ética. Tan pronto como deja de existir la esperanza de lograr una conquista, es inevitable la*

derrota. El éxito no llega para aquel que ha sufrido menos sino para aquel que posee una voluntad firme y fortaleza de espíritu".

Ninguno de los ocho mandatos mencionaba algo acerca de la fuerza material o del poder de las armas, ni lo que Foch denominaba como *seguridad*. La enseñanza de estas normas tuvo como culminación la palabra favorita de los oficiales del ejército francés: *Lecran*, lo cual significa temple, o en términos menos formales agallas. Como los jóvenes que partieron a la cima de la montaña con una bandersa que decía "¡Escélsior!", el ejército francés partió a la guerra en 1914 con una bandera que decía "*cran*".

Al transcurrir los años, mientras cambiaba la filosofía militar de Francia, la geografía política de la misma permanecía igual. Los hechos geográficos en sus fronteras continuaban siendo los que Alemania había dictado en 1870. Las exigencias territoriales de Alemania, como le explicó Guillermo Primero a la emperatriz Eugenia, "no tienen otro objetivo que el de recorrer hacia el sur el punto desde el que el ejército francés podría en el futuro atacarnos." Pero también recorrieron en la misma dirección el punto inicial desde el que Alemania podría atacar a Francia. Mientras que la historia y el desarrollo de Francia después del cambio de siglo fijaron su espíritu en la ofensiva, su geografía aún exigía formular una estrategia para la defensa.

EL GENERAL MICHEL

En 1911, el mismo año en que el coronel Grandmaison leyó sus discursos, el Consejo Supremo de Guerra realizó un último esfuerzo por lograr que Francia estableciera una estrategia defensiva. El promotor de este último esfuerzo era nada menos que el general Michel, quien había sido designado Comandante en Jefe. En su calidad de vicepresidente del Consejo, puesto al que le era inherente el de Comandante en Jefe en caso que se declarara el estado de guerra, el general Michel era entonces el oficial de mayor jerarquía en el ejército francés. En un reporte que reflejaba con precisión el pensamiento de Schlieffen, dio a conocer dónde estimaba él que atacarían los alemanes, así como sus propuestas para hacerles frente. A causa de la existencia de elevaciones naturales en el terreno y de las fortificaciones francesas a lo largo de la frontera con Alemania, los alemanes no podían esperar obtener una victoria rápida en Lorena. Tampoco el trayecto a través de Luxemburgo y la sección próxima a Bélgica al este del Mosa les concedería espacio suficiente para su estrategia envolvente que tantos apoyaban. Tan sólo si aprovechaban la "totalidad de Bélgica", decía el general, podrían lograr los alemanes esa ofensiva "brutal, inmediata y decisiva" que debían lanzar contra Francia antes que las fuerzas de los Aliados entraran en acción. Señaló asimismo que los alemanes deseaban desde tiempo atrás apoderarse del puerto belga de Amberes, y este factor era una razón adicional para lanzar un ataque a través de Flandes. Propuso que se debía enfrentar a los alemanes a lo largo de la línea Verdún-Namur-Amberes con un ejército francés de un millón de hombres, cuyo flanco izquierdo, como el derecho en el caso de Schlieffen, debía barrer el canal con sus efectivos.

El plan de Michel no sólo era de carácter defensivo; dependía también de una propuesta que representaba un anatema para sus compañeros oficiales. Con el fin de igualar el número de tropas que creía que los alemanes enviarían a través de Bélgica, el general Michel propuso duplicar el número de efectivos franceses a lo largo de la línea del frente anexando a cada regimiento activo uno constituido por soldados de la reserva. Si hubiera propuesto admitir a Mistinguette entre los inmortales de la Acadetnia Francesa no habría logrado provocar mayores disgustos y revuelos.

"*¡Las reservas no aportan absolutamente nada!*" era un dogma clásico entre los oficiales del ejército francés. Los hombres que habían concluido con su servicio obligatorio y que tenían entre 23 y 34 años de edad eran considerados parte de la reserva. Con la movilización, los grupos más jóvenes conformaron las unidades del ejército regular que representaban la fuerza para la guerra; las otras quedaron integradas por regimientos de reserva, brigadas y divisiones de acuerdo con sus respectivos distritos geográficos. A estas unidades se las consideraba útiles sólo para labores de retaguardia como la de resguardar fortalezas, e incapaces -debido a su carencia de oficiales entrenados- de integrarse a los regimientos de combate. El desprecio general del ejército hacia sus reservistas, que era compartido por los partidos de derecha, aumentó como consecuencia de la antipatía que generó el principio de la "nación en armas." El unir las reservas con las divisiones activas implicaría disminuir el impulso combativo del ejército. El sentir general era que tan sólo se podía confiar en el ejército activo para defender al país.

Por su parte, los partidos de izquierda, que cargaban el lastre del recuerdo del general Boulanger, relacionaban al ejército con los *coups d'état* (golpes de estado) y creían en el principio de una "nación en armas" como la única salvaguarda de la República. Sostenían que unos cuantos meses de entrenamiento capacitarían a cualquier ciudadano para desempeñarse de manera adecuada en la guerra, y se opusieron con violencia a la extensión del servicio militar a tres años. El ejército solicitó esta reforma en 1913 no sólo para contrarrestar el aumento de tropas en el ejército alemán, sino también debido a que mientras más hombres estuvieran bajo entrenamiento en un momento dado, menos se necesitaría de las unidades de reserva. Después de un enconado debate, que tuvo consecuencias nefastas para el país, se promulgó la ley de los tres años en agosto de 1913.

El desprecio hacia los reservistas aumentó a causa de la nueva doctrina de la ofensiva, la cual -según el sentir general- sólo podría dar buenos frutos con las tropas activas. La cualidad esencial para llevar a cabo la inevitable masacre de la *ofensiva ilimitada* simbolizada por la carga con bayoneta, era el *élan*, y era poco probable que hombres acomodados en la vida civil y con responsabilidades familiares cumplieran con esta función. Las reservas mezcladas con las tropas activas generarían "ejércitos decadentes," que no estarían imbuidos de la voluntad de conquista.

Se sabía que al otro lado del Rhin prevalecía una opinión similar. Al Kaiser se le adjudicó la siguiente aseveración, "en el frente no caben los padres de familia." Entre el estado mayor francés era dogma de fe el que los alemanes no mezclarían unidades de

reserva con unidades activas, y ello dió origen a la convicción de que los alemanes no contarían con hombres suficientes en el frente para hacer dos cosas a la vez: enviar un flanco derecho fuerte en un amplio movimiento de barrido a través de Bélgica al oeste del Mosa y al mismo tiempo conservar fuerzas suficientes en el centro y en el flanco izquierdo para detener una invasión francesa a través del Rhin.

Cuando el general Michel presentó su plan, el Ministro de Guerra, Messimy, lo consideró "una locura". En su calidad de Presidente del Consejo Superior de Guerra no sólo intentó suprimirlo, sino que consultó de inmediato a otros miembros del Consejo acerca de qué tan recomendable sería substituir a Michel.

Messimy, un hombre exuberante, energético y casi violento, de grueso cuello, cabeza redonda y con los brillantes ojos de un campesino detrás de unos espejuelos, hombre de voz altisonante y altanera, era un antiguo oficial de carrera. En 1899, como Capitán de Cazadores y a sus treinta años de edad, renunció al ejército como protesta ante la negación a reabrir el caso Dreyfus. En aquella época turbulenta el cuerpo de oficiales insistió en que la posibilidad de admitir la inocencia de Dreyfus después que se le había declarado convicto, significaría destruir el prestigio y el aura de infalibilidad que rodeaba al ejército. Incapaz de anteponer la lealtad a la milicia a su anhelo de justicia, Messimy optó por una carrera política con el propósito manifiesto de "reconciliar al ejército con la nación." Ingresó en el Ministerio de Guerra impulsado por la pasión de mejorar su imagen. Al toparse con diversos generales "incapaces no sólo de dirigir a sus tropas, sino también de seguirlas," adoptó al principio de Theodore Roosevelt que consistía en ordenar a todos sus generales que realizaran todas las maniobras a caballo. Cuando esta decisión provocó protestas que argumentaban que los generales viejos se verían forzados a retirarse del ejército, Messimy respondió que ése era precisamente su objetivo. Se le había nombrado Ministro de la Guerra el 30 de junio de 1911, después que en un lapso de cuatro meses se habían designado otros tantos ministros, y al día siguiente de su designación tuvo que enfrentar el ataque del acorazado alemán *Panther* en Agadir, lo cual precipitó la segunda crisis en Marruecos. En espera de una movilización en cualquier momento, Messimy descubrió que el generalísimo Michel era "dubitativo, inseguro y que le abrumaba el peso del puesto que en cualquier momento podría recaer sobre su persona." Messimy creía que, en ese puesto el general representaba un "peligro para la nación." La "desatinada y poco cuerda" proposición de Michel le ofreció la excusa para deshacerse de él.

Sin embargo, Michel se rehusaba a partir sin antes presentar su plan ante el Consejo cuyos integrantes incluían a los principales generales de Francia: Gallieni, el famoso colonialista; Pau, el manco veterano de 1870; Joffre, el ingeniero silencioso; Dubail, el maestro de la galantería, quien portaba un kepí que le cubría un ojo, con el *exquisto estilo* del Segundo Imperio. Todos ellos habrían de ocupar puestos activos en 1914 y dos de ellos se convertirían en Mariscales de Francia. Ninguno respaldó el plan de Michel. Un oficial del Ministerio de Guerra que estuvo presente en la reunión se expresó así, "no tiene sentido discutirlo. El general Michel ha perdido la cabeza."

Ya fuera que este veredicto representara o no los puntos de vista de todos los presentes -Michel aseveró después que Dubail había estado de acuerdo con él en un principio- Messimy, quien no ocultaba su hostilidad hacia el plan, logró que el Consejo lo apoyara. El destino decidió que Messimy fuera un personaje decidido y que Michel no. El estar en lo correcto y a pesar de ello no lograr imponer los planes no se le perdona a hombres que ocupan posiciones de alta responsabilidad, y Michel pagó muy caro por su clarividencia. Al ser destituido de su puesto se le designó Gobernador Militar de París, y donde en el momento crucial de una prueba futura que habría de afrontar demostró que en efecto era "indeciso e inseguro."

Una vez que Messimy logró acabar con la herejía de la defensiva que proponía el general Michel, hizo lo posible, en su calidad de Ministro de Guerra, para equipar al ejército con miras a una exitosa ofensiva en contra de los alemanes, pero a su vez, vió frustrado su proyecto máspreciado, la necesidad de reformar el uniforme del ejército francés. Los ingleses habían adoptado el uniforme kaki después de la guerra de los Boers, y los alemanes estaban a punto de cambiar el azul prusiano por el color gris. Sin embargo, en 1912 los soldados franceses seguían usando los mismos abrigos azules, el mismo kepi rojo y los mismos pantalones rojos que vestían desde 1830, cuando el parque para los rifles era de sólo 200 balas los ejércitos se enfrentaban a unos cuantos metros de distancia y no había necesidad de utilizar camuflaje. Al visitar el frente de los Balcanes en 1912, Messimy observó las ventajas que obtuvieron los búlgaros al vestir colores opacos, y regresó a casa con la determinación de lograr que el soldado francés fuera menos visible. Su proyecto de uniformarlos con un azul grisáceo o con un verde grisáceo generó una ola de protestas. El honor militar mostró la misma intransigencia para dejar aquellos pantalones rojos que la que expresó para emplear artillería pesada. Una vez más se percibió que el prestigio del ejército estaba en juego. Los generales declararon que uniformar al ejército francés con un color oscuro desprovisto de gloria equivaldría a realizar los más anhelados sueños de los partidarios de Dreyfus y de los masones. El diario *Echo de Paris* publicó que, acabar con "todo lo que es colorido, todo lo que le da al soldado un aspecto enérgico y vital va en contra tanto del gusto francés como de las funciones militares." Messimy señaló que ambas cosas no podían seguir siendo sinónimos, pero sus opositores no se dejaron convencer. En una sesión del Parlamento, el señor Etienne, antiguo Ministro de Guerra, habló en nombre de Francia.

¿Eliminar los pantalones rojos? ¡Jamás! ¡El pantalón rojo representa a Francia misma!"

Poco tiempo después Messimy escribió, "ese ciego y estúpido apego al más visible de los colores, habrá de tener funestas consecuencias."

Mientras tanto, en lo más álgido de la crisis de Agadir, tenía la obligación de designar un nuevo general para reemplazar a Michel. Tenía la intención de atribuirle mayor autoridad al puesto combinándolo con el de Jefe del Estado Mayor y eliminando el cargo de Jefe del Estado Mayor del Ministerio de Guerra, puesto que en ese momento ocupaba el general Dubail. El sucesor de Michel habría de tener todo el poder concentrado en sus manos.

La primera elección de Messimy fue el brillante y austero general Gallieni, quien no aceptó el cargo, pues afirmó que al haber jugado un papel instrumental en la destitución de Michel no se sentía con la libertad de reemplazarlo. Además, sólo le restaban dos años de servicio antes de retirarse a sus 64 años, y creía que si un "colonialista" ocupaba el puesto, el ejército metropolitano estaría a disgusto, "*es cuestión de jerarquía*", afirmó señalando sus galones. El general Pau quien representaba la siguiente opción, puso como condición el que se le permitiera nombrar a los generales de su predilección para los puestos de mayor jerarquía, lo cual debido a sus bien conocidas posiciones reaccionarias, amenazaba con activar el conflicto latente entre el ejército de derecha y la nación republicana. El gobierno, agradeciendo su honestidad, rechazó su condición. Messimy decidió entonces consultar a Gallieni, el cual le sugirió que llamara a su subordinado en Madagascar, "Un hombre trabajador, templado y metódico que posee una mente lúcida y pragmática." Fue así que se le ofreció el puesto al general Joseph-Jacques-Césaire Joffre, quien entonces contaba con 59 años y que había sido jefe del cuerpo de ingenieros y después Jefe de Servicios de la Retaguardia.

De aspecto robusto en su holgado uniforme, y con un rostro carnosito adornado por un bigote casi blanco, el general Joffre parecía Santa Claus y daba la impresión de una ingenua benevolencia, dos cualidades que de ninguna manera eran parte de su carácter. No provenía de una familia acomodada, tampoco era egresado de San Cyr (lo era de la menos aristocrática y más científica Escuela Politécnica), y no había recibido entrenamiento en la Escuela Superior de Guerra. Como oficial del cuerpo de ingenieros, que se ocupaba de labores tan poco románticas como la construcción de fortificaciones y de vías de ferrocarril, pertenecía a una rama del servicio que no producía personal para los cuadros de alto nivel. Él era el mayor de los once hijos de un pequeño burgués que se dedicaba a la fabricación de barricas para vino en los Pirineos franceses. Su carrera militar se había caracterizado por logros callados y un desempeño eficiente en cada uno de los puestos que había ocupado: comandante en Formosa e Indochina, comandante en el Sudán y en Timbuktú, oficial del Estado Mayor en la sección de ferrocarriles del Ministerio de Guerra, conferencista en la Escuela de Artilleros, oficial de fortificaciones bajo el mando de Gallieni en Madagascar de 1900 a 1905, general de división desde 1905, general de batallón en 1908, y Director de la Retaguardia e integrante del Consejo de Guerra desde 1910.

EL GENERAL JOFFRE

No tenía inclinaciones clericales, monárquicas, ni otras que fueran comprometedoras; había estado fuera del país durante el asunto Dreyfus; su reputación de buen republicano era tan limpia como sus manos; era un individuo muy flemático y de gran solidez espiritual. Su principal característica era un silencio habitual que en otra persona habría

parecido autodesprecio, pero que en Joffre hacía pensar en una serena autoconfianza. Todavía le restaban cinco años de servicio antes de alcanzar su retiro.

Joffre mismo era consciente de una carencia: no había tenido entrenamiento en la atmósfera enrarecida del Estado Mayor. En un caluroso día de julio en el que las puertas del Ministerio de Guerra de la calle St. Dominique se habían abierto para ventilar el edificio, los oficiales que veían hacia afuera de sus recintos observaron como el general Pau jalaba al general Joffre de un botón de su uniforme. "tómalo *chér ami*" era lo que le decía, "te daremos a Castelnau. El conoce todo lo referente al Estado Mayor, las cosas tornarán su curso."

Castelnau quien se había graduado de San Cyr y de la Escuela Superior de Guerra, provenía, al igual que Dartagnan, de la Gasconia, donde se dice que hay hombres de sangre caliente y cabeza fría. Tenía el inconveniente de que su familia estaba relacionada con un marqués, además de que estaba relacionado con los jesuitas y de ser un ferviente católico practicante a tal grado que mereció durante la guerra el apelativo de *le capucin botté*, "el monje con botas". Sin embargo, contaba con una gran experiencia en las labores del Estado Mayor. A Joffre le habría gustado más el general Foch, pero sabía que Messimy tenía un inexplicable prejuicio en contra de él. Siguiendo su costumbre escuchó a Pau e inmediatamente siguió su consejo.

"¡Válgame!", se quejó Messimy cuando Joffre pidió que Castelnau fuera su principal colaborador. "Provocará usted una tormenta entre los partidos de izquierda y se ganará también muchos enemigos." Sin embargo, con el consentimiento del presidente y del primer ministro, quienes estuvieron de acuerdo con esa petición, Castelnau se convirtió en el asistente de Joffre. Un general, haciendo intentos por generar una intriga entre los altos mandos, le advirtió a Joffre que Castelnau podía llegar a disgustarle. La respuesta de Joffre fue la siguiente: "entonces desháganse de mí, y no de Castelnau. Lo necesito durante seis meses, después le daré un puesto en la milicia de campo." En realidad, Castelnau le resultó indispensable, y cuando se declaró la guerra en esos días, le dio el mando de una división entera.

La absoluta confianza que Joffre tenía en sí mismo se expresó con claridad al año siguiente cuando uno de sus asistentes, el general Alexandre, le preguntó si creía que la guerra se habría de desatar en breve.

Joffre le respondió: "claro que lo creo. Siempre lo he creído así. La guerra vendrá. Voy a pelear en ella y la voy a ganar. Siempre he tenido éxito en todo lo que he hecho, como en el Sudán. Las cosas van a ocurrir de manera similar a como sucedieron entonces."

Su colaborador le contestó con un dejo de ansiedad, "eso le permitiría obtener el título de Mariscal"

"Sí", fue la lacónica respuesta de Joffre.

EL PLAN 17

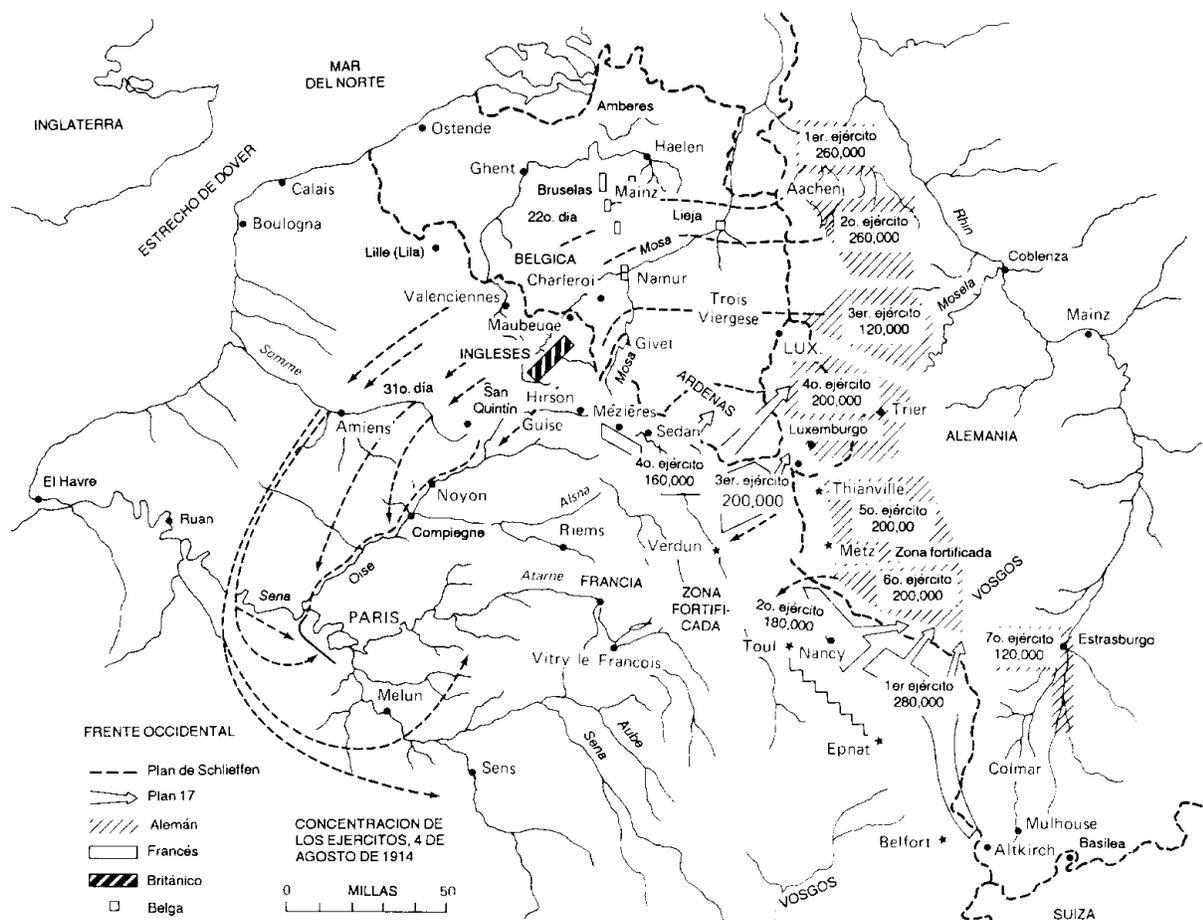
Bajo la dirección de este hombre el Estado Mayor se consagró en 1911 a la revisión de las normas de campo, a renovar el espíritu de las tropas y a elaborar un nuevo plan de campaña que habría de reemplazar al ahora obsoleto plan 16. La mente que guiaba al Estado Mayor, la del general Foch, había dejado la Escuela Superior de Guerra, y se le había transferido al campo, a la localidad de Nancy donde, en sus palabras: "la frontera de 1870 parece una cicatriz en el pecho del país." En ese lugar, al resguardar la frontera dirigió al xx cuerpo de la milicia que pronto se haría famoso. Sin embargo, había dejado atrás de sí gran cantidad de prosélitos los cuales formaban parte del séquito de Joffre. Asimismo, había dejado atrás un plan estratégico que se convirtió en el marco de referencia para el Plan 17. Se terminó en abril de 1913, y fue adoptado sin discusiones ni consultas, junto con las nuevas normas de campo, por el Supremo Consejo de Guerra. Durante los siguientes ocho meses se realizó la reorganización del ejército de acuerdo al nuevo plan y se prepararon las instrucciones y las órdenes de movilización, transporte, servicios de abastecimiento, áreas y programas de concentración y de despliegue. Ya en febrero de 1914 estaba listo el Plan para su distribución entre las secciones y los generales de las cinco armadas en las que se dividía entonces el ejército francés.

La idea que motivaba el Plan, tal como la expuso Foch, era la siguiente: "tenemos que llegar a Berlín a través de Mainz", esto es, cruzando el Rin en Mainz, 210 kilómetros al noreste de Nancy. Sin embargo, ese objetivo era tan sólo una idea. A diferencia del plan de Schlieffen, el Plan 17 no tenía un objetivo general ni tampoco un programa explícito de operaciones. No se trataba de un plan de operaciones, sino de uno de despliegue con indicaciones para posibles frentes de ataque para cada uno de los ejércitos, dependiendo de las circunstancias, pero sin proponer una meta específica. Debido a que en esencia se trataba de un plan de respuesta a un posible ataque alemán, del cual los franceses no estaban seguros qué curso seguiría, era necesariamente, como el mismo Joffre lo dijo: "un plan oportunista y a posteriori." Tenía una intención inflexible: ¡ataque a ultranza! De ahí en fuera sus especificaciones eran muy flexibles.

La única información en común que recibieron los generales, fue una orden de cinco frases que hablaban acerca de la realización del plan, enunciados que no estaba permitido discutir. Había escaso margen para el debate. Al igual que las normas de campo empezaba con una colorida frase: "cualesquiera que sean las circunstancias, la intención del comandante en jefe es la de avanzar con todas las fuerzas unidas en un ataque contra el ejército alemán." El resto de las órdenes generales señalaban tan sólo que la acción francesa habría de consistir en dos grandes ofensivas, una hacia la izquierda y otra hacia la derecha del área alemana de Metz-Thionville, la cual estaba fortificada. La ofensiva que pasaría por la derecha de Metz atacaría directamente hacia el este a lo largo de la antigua frontera de la Lorena, en tanto que una operación secundaria en Alsacia estaba diseñada para anclar a los franceses a la derecha del Rin. La ofensiva que habría de pasar por la izquierda de Metz tendría que atacar hacia el norte, o, hacia el noroeste a través de Luxemburgo y Las Ardenas de Bélgica en caso

que el enemigo violara el territorio neutral, pero este movimiento sólo se llevaría a cabo "por orden del comandante en jefe". El propósito general, si bien no se expresaba, era penetrar a través del Rin al mismo tiempo que se aislaba e invadía el flanco derecho alemán por la retaguardia.

Con este objetivo en mente el Plan 17 desplegó los cinco ejércitos franceses a lo largo de la frontera desde Belfort en Alsacia hasta Hirson, ubicado a un tercio de la distancia a lo largo de la frontera franco-belga. Los dos tercios restantes de la frontera con Bélgica, desde Hirson hasta el mar quedaban indefensos. Fue a lo largo de ese estrecho que el general Michel había planeado la defensa de Francia. Joffre descubrió su plan en la caja fuerte de su oficina en el momento en que sustituyó a Michel. En él se concentraba el centro de gravedad de las fuerzas francesas en este sector de la extrema izquierda donde Joffre no colocaba ninguna unidad. Se trataba de un plan de defensa pura; no daba lugar a iniciativas propias; era, como lo decidió Joffre después de un estudio cuidadoso "una tontería".



PREGUNTAS

1. ¿Cuáles eran las principales características (o dimensiones) de las estrategias francesa y alemana durante la Primera Guerra Mundial?
2. ¿Cuáles eran los puntos fuertes de estas estrategias? ¿Y los puntos débiles? ¿Qué pudieron haber hecho de modo distinto? ¿Por qué?
3. ¿Qué principios de la estrategia, en este caso, sugieren el éxito y los fracasos de cada bando?